

LOS REYES DE LA MUDANZA

Joshua Cohen

Traducción de **Javier Calvo**

DE CONATUS

COLECCIÓN

¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenibles con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple con los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro “amigo de los bosques”. El proyecto “libros amigos de los bosques” promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Título original:

Moving Kings: a novel, 2017

De esta edición:

© De Conatus Publicaciones S.L.

Casado del Alisal, 10

28014 Madrid

www.deconatus.com

© De la traducción: Javier Calvo

Primera edición: febrero de 2018

Diseño de la colección: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-17375-00-3

Depósito legal: M-35778-2017

Printed in Spain

Impresión: Artes Gráficas COFAS S.A.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

comunicacion@deconatus.com

Para BC, DC y MC

כִּי הֶחֱרַשְׁתִּי בְּלוּ עֲצָמֵי בְּשֹׂאֲגָתִי כָּל הַיּוֹם:

*[Como no hablé, los huesos se me desgastaron
de tanto gemir todo el día.]*

– SALMO 32

DAVID

(Embargado)

Por sus vehículos los conocerás: esos camiones azules que siempre te están adelantando cuando vas de camino al aeropuerto, con sus mugrientas coronas blancas pintadas en los costados y sus parachoques abollados con adhesivos que dicen: ¿TE CAUSA ALGÚN PROBLEMA MI FORMA DE CONDUCIR? ¡LLAMA AL 1-800-212-KING!

Por sus anuncios los conocerás: en los canales generalistas de la televisión por cable, en los programas de radio de la hora punta del tráfico y en esas vallas publicitarias que siempre te están tapando las señales y haciendo que te saltes la salida del aeropuerto, con sus ofertas de presupuestos por teléfono y sus garantías de devolución del 100% del dinero.

O quizá, igual que más de 180.000 clientes satisfechos atendidos desde 1948 en los cinco municipios de Nueva York y en los tres estados vecinos, los conozcas como los Correos de la Corte®, o los Profesionales del Tratamiento Regio®, o el Servicio Regio de Mudanzas™, y los hayas dejado entrar en tu casa para que trasladen tus posesiones más preciadas a tu nuevo hogar, o bien a uno de sus almacenes provistos de cámaras de seguridad las veinticuatro horas y de temperatura controlada, convenientemente situados por toda el área metropolitana de Nueva York.

O quizá tengas una idea equivocada de ellos, porque lo único que has hecho es leer sus reseñas en Internet.

Mudanzas King (David King, Presidente, Portavoz, Amanasador de Crisis, Estrés y Embargos) era una pequeña gran empresa de responsabilidad limitada, con licencia, seguro y fondos de garantía, especializada en –adivinen– mudanzas... y almacenamiento... y aparcamiento... y remolque... y salvamento de pertenencias... y desguace, actividades que exigían el sudor y sangre de más/menos 40 empleados a tiempo completo y 60 a tiempo parcial, 50 vehículos, tres aparcamientos, cinco garajes, seis almacenes provistos de cámaras de seguridad las veinticuatro horas y temperatura controlada, convenientemente situados por toda el área metropolitana de Nueva York, por no mencionar la sede central en Jersey City, justo al lado de los muelles.

Pero, por encima de todo, Mudanzas King era un negocio familiar. Propiedad de una familia y gestionado por ella. Familia, familia, familia... tenga eso en cuenta, señoría...

Era verano, finales de una semana de vacaciones –Día de Mudanzas (último día de mes y primero del siguiente) seguido del Día de la Independencia– y David King estaba en los Hamptons, en una fiesta en conmemoración del cumpleaños de América a la que había sido invitado en calidad de miembro del Empire Club, que había exigido a los asistentes que donaran algo más de 4.000 dólares a cambio del privilegio de beber alcohol aguado y comer carne a la barbacoa con demasiada salsa bajo los auspicios del Comité del Partido Republicano del Estado de Nueva York.

Invitarlo a una fiesta y luego hacerle pagar: eso sí era tener clase. Así era como los multimillonarios conservaban sus fortunas.

Y David, a quien molestaba el mero hecho de abonar el peaje de la autopista de Long Island, se preguntó si acaso

había conocido en su vida a gente por la que valiera la pena pagar cuatro mil dólares; no podía evitar tasarlo todo: a la gente, las propiedades o la mansión de acabados victorianos que proyectaba su sombra en la piscina. Le volvió a vibrar el teléfono en el bolsillo.

Canceló la llamada; estaba trabajando.

Su trabajo era asistir a una fiesta en la que no conocía a nadie, o bien solamente reconocía a gente: nombres, caras y perfiles.

Costaba trabajo refrenarse de mencionar fusiones sobre las que solamente había leído, adquisiciones que no eran suyas o bien negociaciones en curso de custodia/divorcio de famosos a los que no conocía; tener que soportar discusiones sobre iniciativas de limpieza del océano y relleno de playas, cuando lo único que él quería saber era: ¿hija o esposa? Cuando lo único que él quería saber era: ¿alguien sabe dónde está nuestro anfitrión? Costaba trabajo fingir que era uno más de los invitados que alternaban en la fiesta, fingir que no estaba sudando, que él también tenía segunda residencia, que era un residente veterano de los Hamptons y que estaba de acuerdo en que últimamente el helipuerto de Meadow Lane estaba abarrotado, y en que Ray de la empresa de jardinería Elite Landscapers era el mejor.

Porque la verdad seguía siendo que David nunca se había adentrado tanto en Long Island, y que no solamente no tenía ni idea de en cuál de los Hamptons estaba, sino tampoco cuántos Hamptons había, ni en qué se distinguían entre ellos, ni siquiera qué hacía que un Hampton fuera un Hampton, en singular.

—Espero que no le estemos importunando —dijo una mujer.

—¿Cómo dice? —dijo David.

—No para usted de mirar el teléfono.

—Tengo negocios en el extranjero, no paran nunca. Hay sitios donde ya es 5 de julio.

Y se excusó de aquel besante de césped y de su congregación de mujeres flacas como postes de los que ondeaban vestidos rojos, blancos y azules.

Ruth, su gerente, lo había estado llamando sin dejar mensajes. Ahora le estaba enviando mensajes de texto en galimatías: *prdon prdon bill sta nfrmo tengo k llvr a bill a ntrenar bsbol.*

Y luego: *además no ncntró el pase.*

David se abrió paso entre las carpas, las mesas del bufet llenas de raspaduras y pedazos de carne y las barras de bar; el truco era no pararse en ningún sitio.

A los niños —y en cuanto rodeabas a David de niños, se ponía a fantasear con tener hijos, y solo entonces se acordaba de que ya tenía una hija, que ahora era adulta— les estaban embadurnando la cara con pinturas de guerra nativas. Luego se dedicaban a brincar en un galeón inflable gigante y a atacar y defenderse con espadas hechas con globos.

La brisa traía el olor a bostas de los paseos en elefante.

Se abrió paso por entre aquellos camareros que ganaban 8,75\$ la hora, o lo que es lo mismo, 14 centavos, 14,5833 centavos, según sus cálculos mentales, por cada minuto que pasaban trinchándole entrecot o bien sirviéndole un *whisky* o dándole indicaciones a él y a sus cigarrillos mentolados para llegar a una zona de fumadores.

Las conversaciones se cerraban, igual que se abrían, en círculos. Conversaciones sobre acciones bursátiles, sobre propiedades inmobiliarias, acciones bursátiles. Sobre renovaciones y lo agotador que era abrir la casa para el verano. Al parecer tener dos casas implicaba siempre tener una abandonada, como mínimo. Sobre sistemas de alarma, aspersores de riego, bombas de desagüe, moho blanco y negro. Sobre política.

Las ideas políticas de David eran inferiores y arribistas: estaba a favor de los contactos, de los contratos, del derecho a no hacer dieta y del derecho a saltarse la cola del mostrador de los postres.

David King era un hombre que, si una empleada de toda la vida le fallaba en el último minuto porque su exmarido estaba demasiado enfermo para llevar a su hijo al entrenamiento de béisbol, que ni siquiera era béisbol de verdad sino *softball*, o bien si le servían un entrecot que se acercaba más a estar bastante hecho que aquella concesión a la falta de agallas que ya era el entrecot “más bien poco hecho”, o bien si su Dewar de 18 años resultaba ser Dewar de 15 o 12 años, o Dios no lo quiera, tenía un cubito de hielo o una pizca más de agua que la justa, o bien si la cola del mostrador de postres se movía tan despacio o con tan poca decisión que el helado se le derretía antes de que pudiera llegar a las granas que a él le gustaban—no era culpa suya tener tan claro qué granas le gustaban—, se ponía a gritar, tenía un arrebato. Y, sin embargo, en cuanto engalanaba su postre de helado con todas las granas y una cereza encima, ya volvía a disponer de toda la atención necesaria, de toda la atención de niño saciado y culpable, para aguantar el sermón de un estudiante de empresariales de la Ivy League sobre los nuevos modelos de jet Gulfstreams (aunque David no tuviera avión propio), las mejores rutas de navegación a vela (aunque David no tuviera barco propio), las mejores pistas de carreras de obstáculos (David no tenía ni un pony), o sobre el hecho de que el Estado de Nueva York era el que tenía más regulaciones del país, el que tenía los impuestos más altos, el estado con el coste energético más alto, con el coste del combustible más alto, con las primas de seguros más caras, y con un intrincado sistema de derecho de responsabilidad civil que hacía que por comparación hasta el sistema jurídico de los nazis pareciera imparcial e indulgente, y sobre el hecho de que en realidad fulanito era el único candidato por el que se podía apostar, y que en realidad menganito era el único candidato que tenía planes reales tanto para Oriente Medio como para las empresas americanas de tamaño medio

(nuestro estudiante de empresariales colectivo de la Ivy League conocía al parecer a su público), el único candidato que era legítimamente “pro-crecimiento”, un término o expresión en jerga, que le llamó la atención, y que le hizo imaginarse un edificio pequeño, humilde y pulcro, como por ejemplo una casa de antes de la guerra y de cuatro plantas sin ascensor del Village, que crecía un poco más cada vez que votaba un republicano, planta a planta, hasta convertirse en una torre alta y resplandeciente que dominaba todo Manhattan, y después, por asociación de ideas, la mente le descendía de golpe hasta la zona de debajo de su cinturón, que iba ya por su última muesca, y de debajo de su tripa, que le colgaba sobre el cinturón como una lengua jadeante, hasta su polla exangüe, que —como si su corazón hubiera traicionado a la plataforma del partido—, le colgaba inerte e inútil.

Resultaba inquietante —para los demás, aunque no para sí mismo, pues no era consciente de ello— cuánto había cambiado. Ahora dejaba que le sermonearan y le hablaran de forma condescendiente. Se había convertido, en ciertas situaciones, no en una persona servil, pero sí dócil y domesticada. En un judío. De tal forma que siempre terminaba dando las gracias a su interlocutor por su condescendencia, por el aleccionamiento aeronáutico, náutico, ecuestre o cívico. Igual que cuando, después de gritar a Ruth, se disculpaba con ella y le subía el sueldo, o igual que cuando daba demasiada propina a los camareros; les daba propina incluso en un evento como aquel, donde se podían meter en líos por aceptarlas.

El calendario social normal de David le obligaba a visitar comisarías, parques de bomberos y auditorios de escuelas, y a confraternizar con personalidades tan notables como: comisionados de la Autoridad Portuaria, miembros de la Asamblea Estatal, miembro del Ayuntamiento, presidentes de distrito municipal, miembros del consejo de distrito municipal,

miembros de consejo de comunidad, ejecutivos de las delegaciones locales 560 y 831 del Sindicato de Camioneros, o bien de los departamentos de Vivienda, Urbanismo, Transporte y Recogida de Basuras de Nueva York. El presente evento, sin embargo, era de nivel alcalde y por encima –nivel congresistas y por encima– promotores inmobiliarios, financieros, gente influyente y extremadamente blanca y anglosajona, atiborrados de exenciones y acorazados con beneficios fiscales. La gente que dirigía las compañías energéticas, no la gente que dirigía los centros de distribución de combustible o los servicios de recogida de desperdicios. Los banqueros que manejaban las tasas de interés y los generales que recibían medallas, no los policías retirados que conducían coches blindados ni los antiguos gacetilleros que tenían medallones en casa. Mezclarse con aquella clase de gente le estaba haciendo sentirse incómodo y aprensivo. Hablar con la comisura de la boca, con las manos, comprobarse la bragueta con dedos pegajosos.

Todas sus pugnas se le veían en la cara. Todas sus identidades en combate: rey, plebeyo, hombre hecho a sí mismo e incompleto. El alcohol y la carne roja y los lácteos. Las pastillas que eran supuestamente para la presión sanguínea y las que eran supuestamente para el colesterol y las que él no estaba seguro de para qué eran: para la ansiedad. No se fiaba de ninguna, se limitaba a tragárselas. Nunca sabía qué decir, o bien lo sabía, pero se confundía de interlocutores, se perdía en el juego, decía lo contrario de lo que se esperaba de él cuando tendría que decir lo que se esperaba de él, y viceversa. Confundía a los entusiastas del golf con los de los deportes de raqueta, y viceversa. Con un diplomático belga habló de la posibilidad de que lloviera. Con el director de una compañía de cosméticos habló del hecho de que la mayoría de gente, incluso en el partido republicano, creía que los iraníes eran árabes. A eso se le sumaba el hecho de que a la mayoría de

asistentes al evento les parecía maleducado mencionar, o que les presionaran para mencionar, cómo se ganaba uno la vida, lo que venía a ser su identidad, de forma que dejando de lado a actores, actrices y personal militar uniformado, las únicas presencias allí cuyas identidades podían leerse de alguna forma eran los camareros, así que David se ponía a charlar con ellos y a contarles por qué se negaba a apoyar una subida del salario mínimo y a preguntarles si habían visto al anfitrión de la fiesta, y luego les metía billetes de un dólar en el bolsillo y les pedía que si se enteraban de algo se lo contaran. Él era, en suma, un personaje pintoresco del lugar, aunque fuera de lugar. Seguramente la gente pensaba que era un tipo físicamente duro. Seguramente pensaban que era de la mafia.

David se abrió paso lentamente por entre la multitud, que se agolpaba alrededor de la pista de baile, en el centro de la cual una pareja de bailarines profesionales se mecía y brincaba y giraba sobre sí misma. Los teclados, la guitarra, el bajo y la batería estaban trabados en un *jazz* que convertía el mundo entero en ascensor, con una sección de vientos que se elevaba y tocaba frases repetidas. En unas paredes de insonorización, improvisadas a ambos lados del escenario donde tocaba la banda, había unas esculturas enormes de águilas destinadas a la rifa. La banda se convirtió en un redoble de tambores, que a su vez se convirtió en aplausos, mientras el presentador hacía una broma sobre el hecho de ser negro y luego presentaba al candidato.

David ya se había marchado; estaba junto a la playa, provista de unas vistas abiertas y balsámicas. Agua luminosa, arena luminosa. Por culpa del viento le hicieron falta muchos cambios de postura y muchas cerillas de colmado para encenderse su Newport extralargo. Por fin levantó su teléfono y llamó a Ruth.

—¿Diga?

—Ruthie.

–David... ¿Hola? ¿Estás en el coche?

–Habla. ¿Qué problema hay?

–Apenas puedo... Si estás en el coche, cierra la ventanilla.

–Estoy al aire libre, no hay ventanillas –protegió el teléfono con la mano–. ¿Qué pasa?

–Ya te lo he dicho. No puedo ir.

–¿No puedes o no quieres?

–No me encuentro muy bien.

–Creía que era Bill, o Bill junior. Ya te estás confundiendo de excusa.

–No es una excusa.

–¿De verdad no estás dispuesta a llenar una nevera y llevar la vajilla y una manta o algo así?

–Tengo un hijo con un partido de eliminatorias y un exmarido vomitando y que no baja del burro.

–No tiene ninguna dificultad, Ruthie.

–Es mejor que dejes que se encargue Paul.

–Paul no trabaja con casas, no tiene ni idea. Y además, ya me hizo un favor bastante grande con los muebles, cuando hizo la mudanza de los bengalíes.

–Bangladesíes.

–¿Dejaron la casa decente? La tenías que limpiar tú.

–Estoy en casa de mi exmarido, pisando el vómito de mi exmarido y con ganas de vomitar yo también.

–Eso es problema de Bill y tuyo, pero has conseguido que sea un problema entre tú y yo. Y le estás haciendo una putada a mi primo.

–Vete a la mierda, David. Me voy.

–¿Quieres decir que vas allí ahora?

–Quiero decir que voy a darle al botón rojo y a colgarte el teléfono.

Esto era lo que pasaba cuando confiabas en una gerente que todavía estaba enredada con su ex, o bien cuando solías

tirarte a tu gerente todavía enredada con su ex: las arenas no paraban de moverse, las lealtades se enmarañaban igual que las algas y la cuerda de pescar con cebo. Pasó flotando una gabarra cargada de fuegos artificiales y David tiró el cigarrillo en su dirección, como confiando en que una ráfaga se llevara volando la colilla por encima del agua y encendiera una mecha.

Volvió a cruzar la fiesta dando zancadas furiosas (cogiendo un ponche de *bourbon* por el camino) y se alejó por la entrada para coches, haciendo crujir el suelo de conchas marinas, hasta el frente de la propiedad (dejando el vaso en la hierba). Un aparcacoches le cogió el tique y le dedicó una sonrisita:

—¿Qué coches es? ¿Un Bentley o un Rolls?

—Ya sabes qué coches es —dijo David—. Una furgoneta, cabrón. Una Burroneta Plymouth.

Se acercaban a la propiedad dos hombres, pero cuando ya estaban a punto de coger los escalones de pizarra que llevaban a la mansión, uno de ellos se detuvo:

—Hostia. Hostia, David King, ¿eres tú? ¿David King, el Rey de las Mudanzas que te lo traslada todo y a tu madre de regalo?

El hombre, vestido con un traje entallado que le venía como un guante y con la corbata desanudada y echada sobre los hombros como si fuera una toalla, estrechó enérgicamente la mano de David:

—Un eslogan clásico —dijo—. Un clásico absoluto.

A continuación se dirigió a su compañero:

—Yo tenía un trabajo de oficina en DC, pero siempre venía a Nueva York para visitar a Peg —y luego le dijo a David—, mi mujer.

El hombre dejó de estrecharle la mano a David para frotarse la frente y ponerse nostálgico.

—En fin, ella se iba a dormir temprano, mi Peg, por entonces todavía hacía el programa de la mañana en la WFAN. Así que yo me quedaba levantado solo por las noches, en calzon-

cillos y viendo el Channel J. ¿Conoces el Channel J? ¿Llegaba solo a la ciudad? Lo emitían en abierto. Una locura. Líneas sexy gratuitas, programas de chat con médiums, foros de vecinos que te avisaban de cuándo venía ventisca o de dónde tenías que ir a votar. Nada de eso existe ya. Y había un anuncio en que salía una familia sentada en una mesa, la madre y la hija hablaban de cómo les había ido el día y el padre estaba sentado en la cabecera de la mesa en un trono, y entonces venían los empleados de mudanzas y simplemente cargaban con él y se lo llevaban y lo hacían tan discretamente que nadie se daba cuenta. Era genial. ¿Era tu familia de verdad, David? Siempre me dio esa sensación. ¿Cómo están?

David sonrió incómodamente: era vanidoso. Desde aquel anuncio, y desde que había dejado a su mujer, se había puesto implantes capilares y se había cambiado la dentadura.

—La familia está bien, gracias —dijo—. Pero he hecho muchas cosas desde entonces. ¿Tú qué? ¿Sigues quedándote despierto viendo alguno de mis anuncios nuevos?

El hombre se rió y su compañero le dijo:

—Supongo que le ha gustado el discurso, ¿no? ¿Puede contar con su voto el Senador?

David intentó fingir que lo había dicho de broma, y le dijo al Senador:

—Lo siento, Senador, estaba de broma.

—Por supuesto —dijo el Senador, y señaló con la cabeza a su compañero, que no se había reído—. Permítame que le presente a nuestro anfitrión.

La mano que ahora estrechó la de David pertenecía, como muchas otras cosas de Nueva York, a Fraunces Bower, de los Bower propietarios del Edificio de la Lonja del Maíz, los Dogemoor Estates y los rascacielos del 1 de Bryant Park y del 388 de Greenwich Street, promotores de las remodelaciones de Roosevelt Island y de Governors Island y copropietarios